

JAIME CONCHA

## C R O N I C A   D E   A R T E

---

### SOBRE EL ARTE DE EDUARDO MEISSNER<sup>1</sup>

Fulgor y revelación son los efectos admirables de esta plástica. Y es que en ella el color y la forma no son exclusivamente potencias de irradiación maravillosa, sino, a la vez, un mensaje visible que nos comunica con la vibración secreta de las cosas, con la belleza interior de la materia.

En pintura, a menudo, cada cuadro vive como un átomo. Agazapado allí, entre la pared y el espectador, se aísla de sus congéneres y defiende las fronteras de su individualidad. Su parentesco con los átomos próximos es indirecto, eminentemente parabólico, pues se funda en un ausente, el pintor. Este pasa a ser un intermediario, por cuanto entre los cuadros no hay hermandad, sino apenas filiación común. Para verlos como miembros solidarios de un universo orgánico, necesitamos pensar en ese vínculo vivo que es la mano del artista.

No ocurre esto en Meissner, cuya tendencia a configurar breves ciclos plásticos es ostensible. No se trata sólo de las *Marinas* y de los *Pájaros de Chile*, aunque ellos ya anuncian cierta persistencia temática, buscadora de arquitecturas mayores de composición. Aseguran, por otra parte, la veracidad de la preferencia. Pienso, especialmente, en los cuatro inapreciables trípticos: las estampas campesinas del comienzo: *niña - mujer - anciana*; *rosas - calas - malvas* y las *Escenas Infantiles*, que cierran la muestra. Todos, dispuestos casi simétricamente en el orden de la exposición. Esos cuadros se organizan como fases de un desarrollo o como diversificaciones o ampliaciones de un mismo motivo germinal. Intentan introducir la biografía en el objeto plástico, otorgando duración y continuidad a su existencia.

Lo primero que contemplamos son cuerpos que se agrupan, que se aúnan compactamente, buscando un modo recíproco de protección, una suerte de fusión colectiva contra el desamparo. Es un aglutinamiento reticente a todo intersticio y que pretende hacer de la superficie ilográfica un plenum substancial. Primer rasgo, entonces, que adivina el profano: el espacio dimana

<sup>1</sup>Eduardo Meissner mereció este año el Premio de Arte, otorgado por la Municipalidad de Concepción. Las siguientes líneas se refieren a la última exposición xilográfica realizada por el artista, a comienzos de julio, en la Galería Universitaria.

de los cuerpos. No hay ámbito previo, un domicilio preexistente de las figuras; únicamente la existencia plástico material del objeto.

Esta evidencia inicial se confirma en la serie de los Pájaros. Siempre lo que importa es el centro tibio y poético del nido; o los prolijos rascacielos en miniatura que algunas aves construyen, o los laberintos de juncos, con su ritmo de siluetas lineales. Pero, por sobre todo, la textura ornamental de las frondas diseña un espacio con íntima vocación de bóveda. Claustros vegetales ensimismados, absortos o absorbidos, vividos desde dentro.

*Red* nos trae un rincón perdurable de misterio. Una niña de azul, en extática humildad, con un rostro indiscerniblemente ambiguo, envuelto en la textura invasora de la red, cuya trama visualiza de pronto deslumbrantes figuraciones iconográficas.

Con ello sorprendemos instancias definitorias del arte de Eduardo Meissner: la repristinación de un estilo puesto al servicio de entrañadas intuiciones. En efecto, las *Escenas Infantiles* —tan modestamente llamadas así— constituyen un tríptico de madonnas criollas, forjadas con materias del sur, por mano de artista sureño. Imagina la fantasía un delicado busto infantil, con un óvulo que posee esa “bella asimetría del rostro humano” que alababa Cocteau. Sumida entre masas vegetales, protegida por su madre con suave inclinación de Virgen primitiva, quedan ambas —niña y madonna— en exacta fijación de íconos, sobre un fondo de ritmos quebrados y discontinuos, como de mosaico. Los tonos de la tez, sucesivamente luminosa y terráquea; el efecto instantáneo de las posiciones y actitudes, la distribución cambiante de los objetos confieren a este conjunto de grabados un grado de intensa perfección.

No sé qué figura femenina de Rafael surge también de una urdimbre de verdes arbustos. Pero la mujer allí está liberada: la flora yace a sus pies, humillada y superada. En las *escenas* de Meissner, en cambio, el mundo vegetal es triunfadora invasión. Captamos en ellas un trámite lento y preciso, todavía no finalizado, desde la maraña arbórea hasta los valores del rostro humano, como si éste sólo fuese el fruto del perseverante trabajo de aquélla. Y esta misma rara continuidad percibimos en la tríada de las flores. Rosas, malvas y calas no están en función de contraste con el esqueleto duro y viejo de las casas, pues no existe una oposición esquemática entre lo caduco y lo fértil. Esas paredes, destruidas y amenazadas tienen casi un peso pétreo, algo inquebrantable. Su antigüedad es sólo permanencia. De ahí que casas y flores sean signos de perduración.

Es este el sentido que atisbamos en los grabados de Eduardo Meissner.